



Esa marcha insomne hacia los gemidos. Otra genealogía posible para la región del Chaco

Oscar Martín Aguiérrez*

María José Daona**

Introducción

Eres un nieto del Chaco, en realidad, y, como nieto, te ha llegado
la historia de ese momento de otra manera...

Rodrigo Urquiola Flores: *Reconstrucción* (2019, pp. 63-64).

Los proyectos de Estado-Nación en América Latina cristalizaron la representación de sus territorios hacia fines del siglo XIX en pos de configurar una unidad política homogénea. En su afán por organizar comunidades imaginadas (Anderson, 1993), esos proyectos establecieron lazos –pareciera irrompibles– entre cultura y nación. Como sostiene Álvaro Fernández Bravo

en el vínculo entre la cultura y la nacionalidad, los intelectuales encontraron una posición de mediación que les permitió asignar a la cultura un rol específico y de alguna manera primordial, entre las múltiples variables posibles para la definición de la identidad colectiva. (2000, p. 14)

En efecto, lengua, filología y ciertos géneros literarios como la poesía y las leyendas populares adquieren valor en términos de un trazado homogéneo que permite a la ciudad letrada modernizada (Rama, 2009) ensamblar cultura, nación y geografía. Ese ensamblaje supuso, al decir de Ángel Rama, ordenar los signos y habilitar diseños territoriales sustraídos a “las coyunturas y particularidades del funcionamiento vivo de la realidad” (2009, p. 135).

* Centro Cultural Alberto Rougés / Fundación Miguel Lillo / Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos (IIELA) / Universidad Nacional de Tucumán (UNT) | martin.aguierez@filo.unt.edu.ar

** Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos (IIELA) / Universidad Nacional de Tucumán (UNT) | mariajose.daona@filo.unt.edu.ar

En esa dirección se abocaron los esfuerzos de unificación que, sin lugar a dudas, se propusieron cumplir con los mandatos modernos de progreso y civilización. No es casual que las fronteras nacionales se configuren como instancias de exclusión y delimiten binarismos (adentro o afuera, boliviano o argentino, centro o periferia, capital o interior, ser o no ser). El orden moderno tipifica los diseños nacionales al mismo tiempo que habilita una gramática en la que el mundo se rige y organiza para facilitar el control extractivo y productivo del capital.

El Gran Chaco como extensión ecológica y territorial fue uno de los últimos espacios americanos en ser dominados por la ciudad letrada modernizada. Esta dominación implicó, como en toda América Latina, una operación intelectual de “extinción de la Naturaleza y de las culturales rurales, inicial proyecto dominador que, por primera vez de modo militante, llevaron a cabo las ciudades modernizadas buscando integrar el territorio nacional bajo la norma urbana capitalina” (Rama, 2009, p. 136). La resistencia a esa integración queda patente en el modo en que el universo ecológico Gran Chaco ingresa en el discurso nacional: por un lado, adopta las marcas de lo impenetrable (desde el Estado argentino), es decir, un confín infranqueable y de casi nula posesión; por otro, se lo refiere como “infierno verde”, metáfora que emerge en significativo para el Estado boliviano a partir de la Guerra del Chaco en la primera mitad del siglo XX. Ambas imágenes ponen de relieve el modo de funcionamiento de la lógica moderna y nacional: evidencian tanto el gesto de aprehensión del territorio –codificándolo y leyéndolo con las lentes de la productibilidad y el extractivismo–, como también la marca peyorativa con la que cargan esas zonas excluidas, una especie de campaña de desprestigio que no hace más que anularla e invisibilizarla discursivamente, despojándola de historicidad para luego rapiñarla en pequeñas dosis.

Para Rita Segato, una de las características centrales de todo estado colonial y/o nacional es el proceso de producción de alteridades. La antropóloga ilumina la estrategia por la cual las élites modernas –nacionales y regionales– configuran un Otro como modo de secuestro y apropiación simbólica territorial. Sostiene:

Lo que importa destacar aquí es que, cuando el sistema (el contexto), primero colonial y más tarde nacional (coloco estos dos momentos en continuidad y, a los efectos de este análisis, su diferencia resulta irrelevante), se constituye, y en el mismo acto de su emergencia e instauración idiosincrática, como efecto de este movimiento de emergencia, el sistema crea sus otros significativos en su interior: todo estado –colonial o nacional– es otrificador, alterofilico y alterofóbico, simultáneamente. Se vale de la instalación de sus otros para entronizarse, y cualquier proceso político debe ser comprendido a partir de ese proceso vertical de gestación del conjunto entero y del arrinconamiento de las identidades, de ahora en adelante consideradas “residuales” o “periféricas” de la nación. (Segato, 2007, p. 138)

La cita, aunque extensa, vale la pena porque pone el foco en el *modus operandi* que los Estados-nación latinoamericanos llevaron adelante gracias a la formación de alteridades funcionales para arrinconar a ese Otro y apropiárselo simbólicamente, discursiva y económicamente. En ese sentido, la imagen de “infierno verde” y el rótulo de “impenetrable” atribuidos al Gran Chaco delimitan a un Otro geográfico trazado desde una genealogía que renombra el espacio para darle un nuevo lugar –residual, vacío– en el orden moderno. El término “nación” funciona, entonces, como una de esas *palabras mágicas* que, según Silvia Rivera Cusicanqui, son palabras encubridoras y mentirosas, una pirueta discursiva que traza un guion para cada audiencia. Si “toda palabra mágica es una especie de continente que no se habita al nombrar”, es decir, “el acto de nombrar no acompaña el acto de habitar eso que se nombra” (Rivera Cusicanqui, 2018, p. 113), la palabra “nación” se piensa como una ontología única, un único modo de ser que secuestra toda posibilidad que no sea la que mana del Estado. Impide hacer cuerpo con ella porque domestica la vida y la fija a los parámetros modernos de progreso, civilización y razón.

Volviendo al Gran Chaco, este universo ecológico se configura con esa dinámica: el espacio se resignifica a partir del proceso de conquista y colonización y se bautiza con un nombre quechua, “chacu”. Sin embargo, el nombre indígena asignado responde a los fines extractivistas coloniales y luego nacionales (siguiendo a Segato). “Chacu” pertenece al campo semántico de la cacería: para las etnias quechuas del Perú, la caza mediante la reunión en varios lugares de vicuñas y guanacos da lugar a una

muchedumbre de animales llamada “chacu”. Interesante que una práctica de cacería sostenida en el asedio, el aislamiento y la conformación de sistemas cerrados derive en el nombre de todo un territorio. Interesante que luego esa conformación cerrada y asediada por el cazador devenga en “reducción” para la Compañía de Jesús. La máquina colonial y nacional resignifica el espacio y lo secuestra discursivamente para ponerlo del lado de la persecución de lo vivo para domesticarlo.

Este trabajo vuelve al universo ecológico Gran Chaco para repensar esta espacialidad como construcción discursiva y espacio imaginario, con el objetivo de descentrar la idea de nación y abrirla hacia una dimensión regional (Pizarro, 2009). La apertura hacia la región como concepto implica apelar a la complejidad histórico-cultural de un espacio, su carga semántica o los sedimentos de sentido que lo constituyen. Por sobre la geografía física, la cultura entrama historias y narrativas locales que articulan signos. Eso que llamamos “región” entonces es una configuración semiótica y discursiva entramada por sujetos, grupos sociales e instituciones. El universo ecológico Gran Chaco como región cultural se aborda atendiendo a la multiplicidad de experiencias estéticas y horizontes de sentido generadas desde una unidad territorial construida histórica y culturalmente; dicha unidad territorial se concibe como una totalidad conflictiva o contradictoria (Cornejo Polar, 1982) surgida como emergente de fuerzas homogeneizadoras en puja y negociación constante con formas estéticas y culturales heteróclitas. A su vez, la noción de región entendida desde esta óptica posibilita salirse de los límites de las producciones artísticas y culturales definidas nacionalmente. En particular, interesa, a los fines de esta propuesta, el modo en que se han construido y se construyen, en el discurso, los imaginarios sobre la región (Pizarro, 2009). Se trata de poder relevar las distintas formaciones discursivas (discursos articulados en un mismo sentido) (Foucault, 1970) que simbolizan el Gran Chaco desde lugares determinados de enunciación¹.

1 Este trabajo es una primera aproximación a ese relevamiento de formaciones discursivas en torno a el Gran Chaco. En ese sentido, las discusiones sostenidas con colegas en la Mesa Temática n° 10 “Mirar el Bicentenario desde el retrovisor del siglo XXI: genealogías literarias, reescrituras, orígenes impuros” coordinada por la Dra. Magdalena González Almada (CIFYH – CONICET, Universidad Nacional de Córdoba), el Dr. Andre Rezende Benatti (Universidade Estadual do Mato Grosso do Sul, Campo Grande, Brasil) y la Dra. Mónica Velásquez Guzmán (Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, Bolivia) en el marco del XII Congreso

Para ello organizamos una serie literaria que rompe las fronteras nacionales y construimos una genealogía crítica “otra” en torno al Chaco. Nos interesa el modo en que la escritura vuelve sobre ese espacio y repone temporalidades (s. XVI-XXI) para revertir el imaginario de una territorialidad sin tiempo y sin historia. La serie incluye escritores argentinos y bolivianos: *La despoblación* (2022) de Marina Closs, *Río de gelatina* (2021) de Eduardo Rosenzvaig, *Gualamba* (1934) de Alberto de Villegas y *Reconstrucción* (2019) de Rodrigo Urquiola Flores. Este repertorio de novelas resulta afín porque pone en tensión los tiempos de la nación moderna. Si, como sostiene Timothy Brennan, “fue la novela la que históricamente acompañó el surgimiento de las naciones, en la medida en que objetivó lo único, aunque diverso de la vida nacional y remedió la estructura de la nación, una mixtura de lenguas y estilos” (2010, p. 73), las novelas seleccionadas hacen de la narración un espacio que problematiza el tiempo de la modernidad y su lógica al mismo tiempo que le asignan espesor temporal a una región construida como Otra, monstruosa e impenetrable. Las novelas dicen el territorio de distintas maneras multiplicando sus nombres y fisurando el mandato moderno de univocidad: Transpaís, Guayrá, Gualamba, Entre Ríos, El Chaco. Los textos de Marina Closs y Eduardo Rosenzvaig abren la serie fragmentando la narración o experimentando con la escritura, operaciones con las que intentan dar cuenta de la complejidad de tiempos y la espesura territorial que implica el universo ecológico Gran Chaco en el siglo XVI y el siglo XIX respectivamente. La primera cuenta la historia de Overá, un indio que llega a una reducción jesuita y afirma ser Hijo de Dios y hermano de Jesús. El texto narra las formas en que los curas disciplinan a este cuerpo hasta que irrumpen las invasiones mamelucas y todos deben salir a los caminos. La segunda tiene como protagonista al Coronel Fontana, naturalista y soldado, y se centra en las campañas de la Argentina del siglo XIX para conquistar el territorio chaqueño. Por su parte, Alberto de Villegas y Rodrigo Urquiola Flores vuelven al espacio signados por la guerra. De Villegas relata un accidente de avión durante la contienda bélica que produce que Adoley (capitán francés y oficial del ejército boliviano) se interne en la selva, descubra los indios que allí habitan y las ruinas de un pasado que recupera. Urquiola, a modo de telaraña

de la Asociación de Estudios Bolivianos (Sucre, 21 al 25 de julio de 2025), resultaron fundamentales para ampliar aún más ese relevamiento y repensar juntxs el espesor crítico que supone trabajar a partir de la noción de *región cultural*.

cuyo centro es el Chaco, crea una serie de historias: un falso soldado que cuenta los sucesos pasados, un hijo que busca a su padre y escribe, una hija que huye de él y una mujer que, en el pasado, se enamoró de un combatiente. En sus textos, lo inconcluso es una latencia: la guerra del Chaco ocurrida entre 1932 y 1935 tiene sus ecos y sus piedras en el siglo XXI por lo que la memoria va de atrás para adelante y oscila del derecho y del revés, pero siempre da vueltas alrededor de ese Chacu, espacio cerrado del que se alimentan los personajes y sus relatos.

Este trabajo se circunscribe a dos ejes de análisis: cuerpos y espectros. Creemos que estas variables dan cuenta de las problemáticas que hasta aquí trazamos. En ambas resuena el epígrafe que abre este trabajo. En *Reconstrucción* de Urquiola Flores, el tío de Dalmiro Cuellar le dice: “Eres un nieto del Chaco, en realidad, y, como nieto, te ha llegado la historia de ese momento de otra manera...”. En estas páginas nos proponemos trazar líneas interpretativas que giran en torno al modo en que El Gran Chaco se imagina, desde el corpus de novelas seleccionado, como un espacio espectral. Territorio diferido, siempre narrado por otros y, por ende, mediado de fantasmas, los discursos se entraman entre la geografía positiva y la geografía espectral. Sostenemos que, en ese contrapunto, los textos muestran el revés de la trama y exponen los modos en que el orden moderno fijó la representación de un territorio.

Cuerpos que gimen

Río de gelatina, novela póstuma del tucumano Eduardo Rosenzvaig, comienza con una imagen de alto impacto. El coronel Luis Jorge Fontana está en la orilla del río Paraguay, del lado derecho del río, y no puede dormir “porque hace cien horas, exactamente noches enteras con sus días, que oye llorar” (2022, p. 25). La escena plantea una paradoja; la de un cuerpo frente al agua, por fuera, pero capturado por ella. El personaje principal, un apasionado naturalista, no está sumergido en el río y, sin embargo, su cuerpo está cooptado por él. Dice el texto: “Hablamos del coronel Jorge Fontana sin prismáticos, sin otra logística que un río como orinado por la vía láctea, por la basura del cielo” (2022, p. 25). Como si para bañarse dos, tres o muchas veces en el mismo río no hiciera falta estar mojado, sino más bien una apertura de los sentidos, un despojamiento de la técnica y la lógica de la razón moderna.

Los textos que integran el corpus de análisis de estas páginas se mueven en esta paradoja: se trata de cuerpos atravesados por una fisura, cuerpos que conviven con una grieta y que habitan la incomodidad de la orilla. Nos preguntamos entonces qué figuraciones del cuerpo emergen en las novelas elegidas; si de alguna u otra manera, esos cuerpos contruidos ficcionalmente no ponen en crisis los modos en que el cuerpo fue marcado e imaginado desde los Estados-nación, qué proponen este conjunto de novelas respecto a ese otro gran cuerpo que es el cuerpo ecológico Gran Chaco. Para el sociólogo y antropólogo David Le Breton:

El cuerpo moderno pertenece a un orden diferente. Implica la ruptura del sujeto con los otros (una estructura social de tipo individualista), con el cosmos (las materias primas que componen el cuerpo no encuentran ninguna correspondencia en otra parte), consigo mismo (poseer un cuerpo más que ser su cuerpo). El cuerpo occidental es el lugar de la censura, el recinto objetivo de la soberanía del ego. Es la parte indivisible del sujeto, el factor de individuación en colectividades en las que la división social es la regla. (Le Breton, 1995, p. 8)

En los textos, ese orden diferente, que instala el cuerpo moderno, entra en conflicto con el cuerpo vegetal del Gran Chaco. Si como sugiere Eduardo Rosenzvaig en su ensayo *Etnias y árboles. Historia del universo ecológico gran Chaco*, el espacio chaqueño es imaginado como monstruoso desde las fronteras civilizadas que lo rodean: “se agotaba a sí mismo y renacía, se embuchaba” (2011, pp. 29-30), al percibirlo monstruo, informe e irracional emerge en oposición al cuerpo moderno. Continúa Rosenzvaig: “Pero la física conquistadora de selección, observación y definición de las máquinas vivas en su interior comenzaba a desintegrarlo” (2011, pp. 29-30). En efecto, para la lógica colonizadora y luego nacional, el único modo de penetrar lo impenetrable era su conversión en máquina.

La novela de Eduardo Rosenzvaig, *Río de Gelatina*, es por un lado la insistencia de un cuerpo por escuchar los gemidos que trae un río, el llanto de diecisiete indios payaguás –los últimos de la nación que diera nombre al río Paraguay–, y por otro, el desgarrar que supone la instalación de la máquina moderna extractivista sobre los cuerpos que habitan el universo ecológico gran Chaco. En ese arco, el texto hace del río un cuerpo espeso,

sonoro, que recoge el dolor de toda una vegetación sometida a la máquina nacional. Dice el narrador:

Son los últimos de la nación que diera nombre al Paraguay, Payaguá-í equivalente a “agua de los payaguás”, porque son indios navegantes, los que viven en canoas, amando sobre canoas desde la laguna de los Xarayes hasta más abajo del Colastiné donde desagua toda la gelatina en el cauce del Paraná, hasta llegar la cocción al río como de mar [...] Pero los payaguás empezaron a molestar a los barcos españoles y portugueses que contrataron mercenarios de inmediato para exterminar la obstrucción a la navegación del mercado, trayendo barcos de guerra para encerronas a los canoeros payaguás, a cañonazos los volteaban, porque dejando libre la cocción del agua a veinticinco grados, el comercio, para el cual se creara la libertad según Adam Smith autor de *Investigaciones sobre la naturaleza y la riqueza ¿de los ríos?*, ningún indio aquí ya era posible. (2022, pp. 188-189)

La novela nos propone algo interesante pero al mismo tiempo siniestro: pensar los ríos navegables, esos imaginados a fines del siglo XIX para el libre comercio de las naciones republicanas, como cuerpos vivos, cargados de consistencia gelatinosa, de huesos que alguna vez lo trajinaron y de sonidos-ecos que perviven en la lengua del agua. Ese cuerpo-río atraviesa el tiempo del capital y nos moja con el agua espesa del etno y ecocidio al mismo tiempo que se figura como un cuerpo capaz de franquear los límites nacionales, es decir, expande su espesura y vincula territorios. El agua del río Paraguay es un agua que alberga lo humano y no humano en un fluir que entrelaza la memoria histórica con la memoria ecológica. Como sugiere Isabel Aráoz, el texto

se hilvana de manera exquisita y teje una gran biblioteca [...] en un continente donde la tensión entre oralidad y escritura es una herida fundacional y un tema recurrente: Así, Fontana anota sin pausa en sus hojas mojadas, mientras busca esas voces que lo invocan. (2021, pp. 354)

En esa tensión que expresa Aráoz –la de una biblioteca imposible, la de una biblioteca herida/fisurada por el ingreso de la oralidad–, el río se figura como incomodidad, como un cuerpo otro que incomoda y avasalla los presupuestos modernos con los que se fraguaron las naciones.



Si una de las preguntas que nos interesa indagar se vincula con los modos en que el cuerpo fue marcado e imaginado desde los Estados-nación, *La despoblación* de Marina Closs responde este interrogante desde el prefijo *-des* presente en el título. Ese prefijo pone en evidencia eso que claramente expresó Franz Fanon en *Los condenados de la tierra*:

El mundo colonizado es un mundo cortado en dos [...] La zona habitada por los colonizados no es complementaria de la zona habitada por los colonos. Esas dos zonas se oponen [...] Regidas por una lógica puramente aristotélica, obedecen al principio de exclusión recíproca: no hay conciliación posible, uno de los términos sobra. (1963, p. 18)

Los proyectos nacionales se sustentaron sobre el lema “gobernar es poblar”; el gesto de poblar escamoteaba su opuesto, despoblar². Por supuesto, era más importante fundar poblaciones que firmar el acta de defunción implícito en las despoblaciones. Sin embargo, la lógica binaria y de exclusión recíproca estaba presente. La población suponía la despoblación. Uno u otra. La novela de Marina Closs, entonces, pone sobre la mesa el gesto oculto, hace de la ficción el espacio para exponer cuerpos des-poblados.

Poblar por definición se asocia a la ocupación de un territorio con fines expansionistas (poblar es hacer un lugar habitable y que las condiciones de habitabilidad fructifiquen en un aumento de la población; poblar es “4. tr. Procrear mucho”, según el DRAE, 2024), su antónimo “despoblar” adquiere en la novela las marcas de la reducción y lo yermo. El texto vuelve al Chaco de las reducciones jesuitas y potencia el modo en que las lógicas evangelizadoras cooperaron en la configuración de cuerpos

2 Respecto a esto, María José Daona en “Del otro lado de la línea. *La despoblación* de Marina Closs” (en prensa) trabaja los procesos de segregación coloniales en la novela como una fractura territorial a partir de la metáfora de la “vida reducida”. La lógica binaria del adentro y el afuera, de un cuerpo blanco y otro indio, queda descentrada en el texto cuando comienza la migración de la comunidad. A partir de aquí hay un proceso de desterritorialización. Sin embargo, en los caminos, en el andar, se produce la reconstrucción de vidas sepultadas por la lógica alberdiana que pretende construir ciudadanía (hegemónica y nacional) en la idea “gobernar es poblar”. Entonces, para Closs, “despoblar” no sólo es una forma de evidenciar los mecanismos coloniales que esconde el proyecto civilizatorio sino también es una posibilidad de construir nuevos imaginarios nacionales que reviertan esas lógicas y que podría enunciarse como “caminar es poblar”.

modernos y occidentales. Marina Closs hace del término “despoblar” una estrategia para narrar el disciplinamiento y las múltiples resistencias del cuerpo indígena. La escritura pone en primer plano la incomodidad del cuerpo Otro indio y la insistencia de los padres jesuitas por generar –en términos de Le Breton– una ruptura con el cosmos a partir de la censura. En una escena central de la novela, Overá, el indio disruptivo que predica que es hijo de Dios –un Menocchio³ perdido en el Chaco– entra en un diálogo sobre el alma con el padre Antonio. El indio no puede creer que el cura insista en que el alma es puro vacío.

Overá siguió rezando ese día, junto a Antonio, aun si en lugar del parcial vacío que el padre le describía sintió en todo momento dentro suyo muchísima alma. La sintió como un calor que punzaba hacia afuera. Quizás si rompiera a cantar o a bailar, podría vaciarse. Pero, quieto como estaba, era un bloque continuo de alma: imposible de agotar. Pensó que el alma quizá no era eso y que era posible que estuviese equivocado. Entonces se puso sobre el oído el pulso de la muñeca. No escuchó absolutamente nada, pero percibió el latido en su interior: era como si la sangre, contra los contornos del cuerpo, quisiese expandirlo y ensancharlo. Por un lado, era imposible para Overá pensar en el alma como un aire y un silencio. (Closs, 2022, p. 61)

La cita es clara en muchos aspectos, pero resaltamos sobre todo la lógica de la despoblación presente en el fragmento: la reducción del cuerpo a la quietud del alma (aire y silencio) entra en conflicto con la conexión que Overá tiene con su cuerpo. Overá oye la lengua del cuerpo, su expansión infinita a través de la sangre; siente que el alma más que vacío es algo imposible de agotar. Como si despoblar fuera ir contra el pulso de la muñeca de los habitantes de un territorio, el texto muestra que colonia y nación se dan de la mano para sosegar el cuerpo del indio y reducirlo al aire, condenarlo al silencio, aplacarlo en un rezo con el Dios interior.

3 La referencia alude claramente al molinero friulano Domenico Scandella, más conocido como Menocchio, y que el historiador italiano Carlo Ginzburg estudió y analizó en su libro *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI* (1976). El vínculo con Overá radica en que ambos personajes resultan disruptivos a la *episteme* de su época ya que exponen –en y con su discurso– los límites de la cultura.

Mientras tanto, los Overá del Chaco todavía preguntan: ¿vacía? ¿el alma está realmente vacía?

Las novelas de Alberto de Villegas y Rodrigo Urquiola Flores nos acercan otras modulaciones del cuerpo en El Gran Chaco. Tanto en *Gualamba* como en *Reconstrucción* la guerra es un motor que totaliza la representación del territorio. La Guerra del Gran Chaco –contienda entre Paraguay y Bolivia por la posesión del Chaco boreal entre 1932 a 1935– supuso la puesta en marcha, una vez más, de la maquinaria bélica en pos del dominio de un territorio. Como sostiene Eduardo Rosenzvaig, “Ambos países consideraban al gran espacio como propio, porque en su subsuelo se suponía la potencialidad del petróleo. So pretexto de la lucha por la soberanía las compañías petroleras y grupos financieros internacionales se disputaban entre bambalinas el control del territorio” (2011, p. 132). La disputa territorial deviene en el uso de cuerpos que van a la guerra embanderados con los colores de la nación. Esas experiencias, las de los cuerpos heridos, fracturados, rotos por la guerra son las que recupera Urquiola en su texto del 2019. En efecto, *Reconstrucción* es la resonancia del tiempo de la guerra en los cuerpos que habitan el siglo XXI.

Como un muerto que pesa y deja rastros en la memoria de la próxima generación, los personajes de la novela de Urquiola vuelven al Chaco a partir de la experiencia de quienes estuvieron en el campo de batalla. Esa experiencia siempre es diferida y llega al presente del enunciado a través de lo sensorial. Dice el narrador sobre Deterlino Flores, un ex combatiente cooptado por la memoria de la guerra, habitado por ese pasado de sangre y destrucción:

Deterlino, desde esta altura, no ve agua terrosa, quiere ver sangre. Es la memoria que aprisiona en sus garras, que oprime y hiere, ¿o es uno de esos saltamontes milimétricos que ha hecho de su oído su guarida? La memoria insecto que está moviéndose y arrastra piedras sin provocar sonido alguno. El mar minúsculo que se esconde en las venas, que escapa, y que es sal, sal en la sangre, espesándolo todo, aletargando los movimientos. (2019, p. 82)

Como si sólo fuera posible recibir recortes del pasado, la guerra del Chaco arriba al relato de los personajes como sed, como garganta árida, como desierto, como piedra, como grito metálico y ruido de avión, como

calor verde, como granada que descuartiza cuerpos. Es un insecto atrapado en el oído de los personajes: susurra sus atrocidades y atormenta a los nietos del Chaco. La propuesta de Urquiola implica pensar que la guerra es más que un territorio en disputa; es el eco de la maquinaria bélica imprimiéndose en los cuerpos de quienes combatieron y penetrando, inclusive, en la memoria de las próximas generaciones.

“Había una vez una guerra”, dice Deterlino Flores en *Reconstrucción*. Y es precisamente ese “Había una vez”, lo que *Gualamba* de Alberto de Villegas pone en primer plano. Si los cuerpos rotos son una constante en Urquiola Flores, el texto de Villegas refuerza la idea de que las claves de la guerra asolan el territorio desde su configuración como botín en el periodo colonial. *Gualamba*, novela inconclusa escrita en el campo de batalla, trae a colación la imaginación bélica del capitán francés Adoley, oficial del ejército boliviano encargado de realizar una misión de levantamientos aéreo-topográficos en el Chaco. El texto se detiene en el relato de la tragedia de este oficial que sobrevive a un torbellino de polvo luego de que el avión cayera en el corazón de la selva, esa “barbarie del Chaco”, “océano verde”, “llanura sin límites y sin fe”, sintagmas con los que el capitán describe el territorio.

En el afiebrado relato del capitán Adoley lo que emerge es la biblioteca y el archivo de la guerra. El sobreviviente se recupera en un convento franciscano y el acceso a la biblioteca de la orden le permite reconstruir ese “Había una vez” de la guerra, es decir, los relatos de las expediciones realizadas al territorio desde el siglo XVI.

Al leer el relato del padre Zea, uno de los fundadores de San Ignacio de los Zamucos, halló las palabras que el cacique decía al padre Yegros: “Perrecerán de sed”. Y de nuevo sintió estremecerse su corazón en el recuerdo de aquellas terribles jornadas cuando perdido en el monte, el espectro de la sed, el Inenma como lo llamaban los indios, le calcinaba la garganta nublándole la razón, y evocaba la figura de otros varones ilustres como el padre Díaz Taño, el padre Mendiola y el padre Álvarez, que vivió doce años entre los guaraníes. (2013, p. 373)

El texto de Alberto de Villegas no sólo arma la genealogía de las guerras, expediciones y entradas al territorio verde que se inicia con “los soldados de las milicias ignacianas” discípulos de Ignacio de Loyola, militar

de Pamplona (el ingreso de los jesuitas es enunciado como “penetración jesuita”, término militar por excelencia), sino que formula una cadena de cuerpos unidos por el padecimiento de la sed. En esos cuerpos padecientes radica también la impronta de *Gualamba*: Villegas le da espesor a la guerra del Chaco convirtiéndola en la(s) guerra(s) del Chaco. Al pluralizar el sustantivo “guerra” multiplica los cuerpos calcinados por la sed y pone en primer plano la crueldad de la maquinaria bélica. Las lecturas del capitán Adoley permiten mirar el modo en que las guerras de posesión territorial se vuelven una paradoja: el territorio se salpica de cuerpos, la imaginación bélica se resignifica en cada entrada o acecho al Chaco, mientras la selva sigue ahí renaciendo una y otra vez y dejando sus marcas, poseyendo el territorio corpóreo de quienes la quieren poseer.

Espectros que conjuran

“Una guerra no se acaba nunca” (2019, p. 23) sostiene Deterlino Flores, personaje de *Reconstrucción*. Con esta enunciación abrimos este apartado y nos preguntamos: esa guerra que no cesa ¿cuándo empezó? ¿En el siglo XVI con las primeras expediciones para fundar ciudades? ¿con la creación de reducciones jesuíticas? ¿con invasiones mamelucas? ¿o empezó, quizás, con la institución de signos e imaginarios que construyeron al territorio chaqueño en el impenetrable, el infierno verde, la frontera y el borde de naciones? Esta guerra antigua va dejando restos, ruinas, silencios; va poblando el territorio de fantasmas.

La lógica del saqueo, la construcción del territorio como botín, se inscribe, durante la conquista y colonización, en papeles y mapas donde pueden leerse los procesos geohistóricos que transforman a nuestro territorio en un confín de Occidente y fijan un *locus* de enunciación centralizado. La consecuencia es que Europa se convierte en “el lugar epistémico desde el cual se clasifica[ba] y categoriza[ba] el mundo” (Mignolo, 2007, p. 66). En los siglos posteriores a las independencias, se fijaron los sentidos de la “civilización” desde nuevos *locus* de enunciación: los centros políticos y administrativos de las naciones nacientes. Estos procesos discursivos ocultan la lógica de la dominación y de la subalternización que implica la creación de “la ideografía del Chaco como *desierto*, un espacio despoblado, arena. Una palabra ontológica. Una razón moral para la limpieza étnica. En un *desierto* no hay vida, mucho menos humana. El desierto es el punto

culminante de la naturaleza entendida como *barbarie*" (Rosenzvaig, 2011, p. 8).

Ahora bien, los textos que aquí traemos construyen el carácter trans-temporal del paisaje a partir de los cruces entre diferentes presentes y pasados: las primeras expediciones, el emplazamiento de reducciones jesuitas, los viajes científicos y militares, las guerras del Chaco y del Paraguay contadas por un paceño que busca en el territorio su historia familiar; una misionera que vuelve a su origen desde el gran centro argentino; un *dandy* devenido soldado que busca tinta y papel en las trincheras bélicas; un tucumano que se desplaza al "desierto real" y, obsesivamente, piensa y escribe una "ética ecológica". Todas estas enunciaciones escarban en una historia negada y rastrean las existencias sepultadas de una espacialidad hecha de esquilas. María Laura Destéfani sostiene que:

A pesar de que las fuerzas hegemónicas trabajaron siempre para el olvido, la memoria de las masacres parece emerger en forma espectral en las literaturas que dan representación a la región, ya sea por la violencia que pervive en un ambiente quebrantado por la ambición capitalista, como por el peso agobiante de un entorno intervenido de un modo bestial para, una vez exproliado, ser abandonado a su suerte. (2023, p. 3)

En esta dirección nos interesa recuperar a Carlos Jáuregui (2020) para pensar la escritura de estos textos⁴ como un "gesto funerario que entierra a los otros, pero que en cierto sentido deja restos insepultos o pasibles de exhumación crítica y que, a su pesar, convoca los espectros que conjura" (2020, p. 33). Este espectro que regresa es la "apariencia de lo ausente", el "retorno de lo diferente" que resiste a la sobrecodificación del discurso de la modernidad y des-ordena, des-dice la palabra monológica y unívoca. Invocamos a los ausentes que emergen en forma de restos y ruinas, como signos insurgentes que desafían y saquean el archivo de la modernidad colonial (Jáuregui, 2020, p. 43).

4 Cabe aclarar que la propuesta de Carlos Jáuregui parte del trabajo con materialidades y escrituras coloniales. El autor identifica un conflicto ligado a la sobrecodificación del Otro que llevó adelante el colonialismo en el llamado Nuevo Mundo. Frente a ese problema epistemológico, resulta clave para el autor recuperar en los textos coloniales "el frágil resto simbólico de la Historia" (2023, p. 29) y que regresa como espectro, como pregunta, como interrogante incómodo y malestar.

En el centro de este recorrido transtemporal leemos la irrupción de la caída del avión donde viaja el capitán Adoley en la novela inconclusa de Alberto de Villegas. El autor, elige otra forma de contar la Guerra del Chaco, alejándose de las representaciones preponderantes de una literatura nacional que consolidó un “puro presente” y anuló pasados y futuros. La caída implica la exploración del sobreviviente por el territorio y, en ese deambular, encontrarse con fantasmas que generan un cruce entre tiempos y espacios y construyen una historia para esta zona despojada de relato.

En oposición a Yacuiba, el Chaco se construye en el texto como un lugar bárbaro; el ingreso de Adoley es un viaje en el tiempo donde se encuentran dos pasados: las ruinas de otros siglos y los indios que lo rescatan. Estos últimos perviven como espectros, son la presencia del pasado que reflejan “en su vida salvaje lo que fue la humanidad primitiva hace miles de años” (2013, p. 361). La ruina habita en documentos empolvados, en el archivo escrito; los indios, poseedores de un lenguaje ininteligible, habitan aún como presencia negada por el presente civilizatorio. En este encuentro, el relato pone al descubierto dos elementos: por un lado, la guerra como un *continuum* y, por otro, la construcción espacial como resistencia a los intentos de dominación. En el primer caso, la penetración jesuita replica los objetivos de la campaña del Chaco. Situadas en “excelentes posiciones militares, en punto de dominio sobre los ríos” buscaron la “exploración, penetración, su profundidad, conquista espiritual de los pueblos sometidos, luego ocupación material” (2013, p. 375).

Frente a esto, la naturaleza se erige como sujeto viviente, con ciclos que se debaten entre la vida y la muerte, imposible de domesticar. Una imagen de alto impacto recorre el texto de De Villegas: el árbol que crece y envejece rápidamente, con un tronco roído por insectos, con murciélagos que cavan su corteza, un sol que quema sus ramas, desgastado por hormigas que socavan la vida. Ciclo que se reinicia con la llegada de la primavera y la emergencia de rumores, el retorno a la vida, la fiesta, el baile y el grito. Estas “tierras desencantadas” (2013, p. 369), cuyas “avenidas y entradas están cerradas con impenetrables bosques” (2013, p. 373) emergen en el texto como signos de resistencia a la penetración colonial, es la “terquedad contra-colonial” (2020, p. 25) que enuncia Jáuregui y que leemos como el espacio de imposible penetración de la modernidad.

El tránsito de Adoley implica un *des-cubrir* en oposición al encubrimiento de la conciencia civilizatoria. Desenterrar lo enterrado, leer lo ausente del archivo, habitar lo inhabitable son operaciones que, en la serie textual que construimos, se consolida con la prefijación como palabra redentora. Si el Chaco es *im-penetrable* habrá que subvertir los signos para mostrar la contracara: frente a la población, la *des-población* de Closs; frente a la construcción, la *re-construcción* de Urquiola y, frente al país, el *tras-país* de Rosenzvaig. Cada una de estas imágenes se construye con la proliferación de espectros como formas de nombrar la presencia de la ausencia que jaquean el lenguaje que no dice. Se pregunta el narrador que cierra la novela de Urquiola:

¿Qué es lo que hace puma al puma? En principio el orden de las letras que forman la palabra, p-u-m-a. ¿Qué es una letra sino la aproximación a un sonido? ¿Qué es la forma de una letra sino el intento de atrapar un sonido en un dibujo? ¿Y qué es una palabra, entonces? ¿Un conjunto de sonidos que buscan atrapar entre nuestros dientes algo que se nos escapa? ¿Y por qué un puma, entonces, no pueden ser un jaguar? (2019, p. 278)

¿No debemos acaso des-decir el discurso impuesto y hegemónico para contar la contra-historia? ¿No hay fantasmas que sobrevuelan y tuercen el cuello de imaginarios sociales instituidos? Es así como en los textos trabajados reaparece el otro sepultado, retorna la diferencia con forma de espectro en el monte y las madrigueras donde habitan los Padres Huesos en *La despoblación*; en los gemidos, el brazo amputado y la cabeza del indio disecada en *Río de gelatina*; en la guerra falseada y encriptada en la imagen de un cuero de jaguar que no es jaguar en *Reconstrucción*.

En el río de gelatina se escuchan los gemidos de los muertos, es frontera de la patria, “teatro de una guerra constante” (2022, p. 58); río hecho con cartílagos, huesos y sangre que resuena, que llora en la nueva gesta expropiatoria. Esos gemidos son el resultado de la “naturaleza saqueadora de la civilización” (2022, p. 39), de la tierra pensada como botín, es eso que queda inscrito en el paisaje, contracara del libro, del relato. En este territorio de desencuentros, Fontana es representado como un sujeto que transita, que cruza: entre el soldado y el naturalista, entre el mandato destructor y el deseo de conservación, entre el país y el traspais. Esto queda inscrito en su cuerpo, en un brazo amputado por un indio que se transforma en

espectro, que no deja de sentir, un brazo muerto que está allí y encarna una mitad india. Fontana, “con un brazo indio y otro exhausto, escribió la primera página del libro que contaba cómo en el gran mundo de los ríos, el Chaco, donde existieron hace cuatrocientos años trescientas naciones indias, hoy quedaban seis” (2022, p. 150); primera página donde está el revés de la historia que cuentan los demás personajes del texto: Uriburu, Mansilla, el mismo Roca.

En esta misma dirección, y en un gesto de traer a ese otro al mundo civilizado como algo exótico y pasado, se diseca la cabeza de un indio toba; escena desgarradora de la novela en la que, a través de la conservación de una cabeza muerta, el taxidermista intenta preservar una existencia, su ferocidad, su aroma; una cabeza donde la latencia de una vida se vuelve gemido y luego grito. Es un gesto que trata de retener en el archivo de la modernidad occidental (la escritura y el museo) al Otro masacrado que vuelve como su revés, como el contra-archivo donde pervive una lengua impronunciable y donde resuena la ausencia de lo presente.⁵

En *La despoblación*, Marina Closs recupera al indio Overá de *Argentina y conquista del Río de la Plata* de Martín del Barco Centenera, quien se interna en la reducción jesuita de San Ignacio y desenmascara los procesos de disciplinamiento y anulación del Otro llevados adelante por los curas Ruiz y Maceta. El espacio se fragmenta entre un adentro y un afuera: adentro, la legalidad impuesta por los jesuitas; afuera, los guaraníes díscolos que no aceptan el sometimiento a una “vida reducida” (2022, p. 91). Ahora bien, esta novela construye un lugar de enunciación imposible. La voz narradora crea personajes que entran y salen de escena para desocultar y desenterrar lo que pervive en el monte; nombrar lo innombrable que emerge como resistencia en una espacialidad violentada. Este gesto

5 Es interesante la reflexión que Martín Aguiérrez hace en el prólogo a *Río de gelatina* respecto a la lengua en la novela y que entra en diálogo con ese gesto de contra-archivo que identificamos. En efecto, para Aguiérrez la novela supone una paradoja en la que lo desmesurado del territorio se tensiona con las operaciones moderno-científicas de registro del coronel Fontana: “El coronel Luis Jorge Fontana, protagonista de la novela, anota, escribe, mide, pesa, funda ciudades, ejerce la taxidermia, dibuja, cumple órdenes, hace el inventario de la exuberancia del gran Chaco con la lengua de la ciencia del siglo XIX. Es un naturalista que informa al Estado lo informe, la desmesura de un *chacu* imposible de limitar, el sonido estridente de aquello que no encaja en las leyes universales del museo” (Aguiérrez, 2022, pp. 12-13).

conlleva un recorrido inverso a los discursos hegemónicos que fijaron imágenes y matrices identitarias en Argentina. La concepción del Chaco como el impenetrable enunciada por Sarmiento (2018, p. 50) se revierte porque, justamente, son los árboles, el desmesurado follaje, lo que impide la avanzada de la civilización y el saqueo. Allí, existía

la costumbre de armar madrigueras. Metidas a veces debajo de un tronco, estaban tan bien escondidas que en ocasiones era necesario entrar hasta ellas reptando. Adentro, los que venían a rezar guardaban un hueso o una calavera. Hombres y mujeres alababan cuerpos muertos, esqueletos enteros que acostaban en hamacas. No podían abandonar esta costumbre. Sabían que su nuevo Dios los condenaría, pero sólo al regresar pedían perdón. Se iban al monte con la más afiebrada esperanza, a pedir un favor, una misericordia, a rezar con pasión frente a sus Padres Huesos. (2022, p. 39)

Ir al monte es la ausencia que se hace presencia en las páginas de la novela; es la visibilización de lo invisible. Del lado invisible está la “afiebrada esperanza”, la pasión; del visible, la consciencia de la condena. Nombrar lo innombrable, narrar el adentro es una forma de desenmascarar los mecanismos de domesticación y represión que funcionan en San Ignacio.

En ese sentido, la propuesta de Rodrigo Urquiola Flores en *Reconstrucción* des-enmascara, rompe en fragmentos y vuelve a barajar el relato nacional sobre la Guerra del Chaco. Lo hace a partir del falseamiento como estrategia narrativa. La Guerra es contada por un loco, un cuentero, que roba las historias de los otros y va superponiendo capas de relato donde lo real se pierde o no interesa. Es el presente de un pasado que vuelve constantemente a las imágenes cristalizadas en páginas y páginas de letra impresa. ¿Qué queda de la memoria de esa guerra en el presente? ¿el cuero de un jaguar que no es jaguar? ¿Qué pervive del territorio chaqueño en un imaginario que lo fijó para siempre? Si Historia significa posesión, es necesario “rearmar las ruinas” (2019, p. 281), despojarse también de imaginarios, pensar la contracara, el testimonio del que estuvo efectivamente allí, la fábula; tal como sostiene el mismo texto: “Imaginar lo que no fue, pero pudo haber sido [...] porque hay un lugar donde se puede desordenar el tiempo y cambiar el escenario de lo real” (2019, p. 29).

A modo de cierre

“Tu historia no es la más triste cuando la relato yo” escribía Jesús Urzagasti (2012) en su “Alabanza N° 2 al Gran Chaco”. Con esto quería decir que había otra historia para ese territorio; una historia diferente al “infierno pálido y lejano” que consagró Augusto Céspedes (1994) en “Terciana muda”. Urzagasti abría la puerta a nuevas lecturas, nuevas miradas que permitan contar y pensar un espacio que había quedado fijo en los imaginarios nacionales tanto de Bolivia como de Argentina. En esta dirección, y a partir de la propuesta temática que nos convoca para este libro, nos propusimos indagar en textos que nos llevaran a mirar el reverso de los llamados “discursos nacionales”. En un presente complejo, con la avanzada de proyectos políticos que atentan contra las autonomías regionales y nacionales y que vuelven a instalarse en las lógicas entreguistas con una fuerte pulsión hacia el capitalismo predatorio y dependiente, el Chaco apareció como un lugar que resistió a las representaciones homogeneizantes en las voces descentradas de cada uno de los autores elegidos. Trazamos una genealogía crítica que nos permitió rearmar un territorio roto, poder pensar desde las ruinas, recuperando cuerpos que transitaban por diferentes momentos, sobre los que se escribió la historia y la violencia y además un territorio donde habitan ausencias, un territorio que es también espectro de diversos pasados que se reactualizan en el presente. Cuerpos y voces que retornan, que resuenan, que abren preguntas que nos interpelan. Esta lectura se propuso insistir en la necesidad de cuestionar imaginarios y representaciones, de volver al subsuelo de un territorio y desenterrar voces que aún gritan, que aún luchan por esa liberación alcanzada, hace dos siglos, sólo para unos pocos.

Referencias

- Aguirrez, Oscar Martín (2022). Escribir un vidrio a punto de agrietarse: *Río de gelatina* de Eduardo Rosenzvaig. Prólogo. En Eduardo Rosenzvaig, *Río de gelatina* (pp. 8-19). San Miguel de Tucumán: La Papa.
- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.

- Aráoz, Isabel (2021). Hacia el corazón podrido del grito: *Río de gelatina* de Eduardo Rosenzvaig. *Telar*, N° 27, pp. 347-357. <http://revista-telar.ct.unt.edu.ar/index.php/revistatelar/article/view/554/563>
- Brennan, Timothy (2010). La nostalgia nacional de la forma. En Homi K. Bhabha (comp.). *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales* (pp. 65-97). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Céspedes, Augusto (1994). *Sangre de mestizos*. La Paz: Juventud.
- Closs, Marina (2022). *La despoblación*. Buenos Aires: Blatt & Ríos.
- Cornejo Polar, Antonio (1982). *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas: Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- Daona, María José. Del otro lado de la línea. *La despoblación* de Marina Closs. En Mellado, Luciana, Juliano, Verónica, Argañaraz, Eugenia y Feuillet, Lucía (coords.). *Literatura, crisis y (neo)liberalismo. Resistencias desde la crítica*. (En prensa).
- Destéfani, María Laura (2023). Espectros del daño. Marcas del horror en tres novelas del Chaco argentino. *Gramma*, Volumen 34, N° 71, pp. 1-18. <http://portal.amelica.org/ameli/journal/260/2604946010/>
- Del Barco Centenera, Martín (1998). *Argentina y Conquista del Río de la Plata*. Buenos Aires: Instituto de Literatura Hispanoamericana. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Filosofía y Letras.
- De Villegas, Alberto (2013). Gualamba. En Brusiloff, Pedro, Prada, Ana Rebeca, Rocha Velasco, Omar y Vargas, Freddy. *Alberto de Villegas: estudios y antología*. La Paz: Carrera de Literatura (UMSA); Instituto de Estudios Bolivianos (UMSA); Instituto de Investigaciones Literarias; Plural editores.

DRAE (2024). Diccionario de la Real Academia Española. <https://dle.rae.es/>

Fanon, Franz (1963). *Los condenados de la tierra*. México D.F.: FCE.

Fernández Bravo, Álvaro (2000) (Comp.). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial.

Foucault, Michel (1970). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.

Jáuregui, Carlos (2020). *Espectros y conjuras. Asedios a la cuestión colonial*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.

Le Breton, David (1995). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Mignolo, Walter (2007). *La idea de América Latina*. Barcelona: Gedisa.

Pizarro, Ana (2009). *Amazonía. El río tiene voces. Imaginario y modernización*. Santiago de Chile: FCE.

Rama, Ángel (2009). *La ciudad letrada*. Madrid: Editorial Fineo.

Rivera Cusicanqui, Silvia (2018). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Rosenzvaig, Eduardo (2011). *Etnias y árboles. Historia del universo ecológico Gran Chaco*. Buenos Aires: Nuestra América.

(2022). *Río de gelatina*. San Miguel de Tucumán: La papa.

Sarmiento, Domingo Faustino (2018). *Facundo*. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación.

Segato, Rita Laura (2007). *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad en tiempos de Política de la Identidad*. Buenos Aires: Prometeo.

Urquiola Flores, Rodrigo (2019). *Reconstrucción*. Cochabamba: Gobierno Autónomo Municipal de Cochabamba.

Urzagasti, Jesús (2012). *El árbol de la tribu*. La Paz: Plural.



*Refracciones literarias en lo contemporáneo.
Ensayos sobre narrativas bolivianas (La ed.)*
Mariana Lardone y Magdalena González Almada (Eds.)
Romina Grana [et al.]
Publicado por el Área de Publicaciones
de la Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba
Septiembre/octubre 2026 [Libro digital]
Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Reconocimiento - Compartir Igual (by-sa)